

José M<sup>a</sup> Castillo

9<sup>a</sup> edición



**DIOS**  
Y NUESTRA FELICIDAD

Desclée De Brouwer

JOSÉ M. CASTILLO

**DIOS Y NUESTRA FELICIDAD**

9ª edición

DESCLÉE DE BROUWER  
BILBAO

# ÍNDICE

<b>Introducción</b> .....	13
<b>Jesús y Dios</b> .....	23
La complicada tarea de conocer a Dios .....	23
Jesús, revelación de Dios .....	25
A Dios lo conocemos en “lo humano” .....	28
A Dios lo conocemos en “un” hombre .....	30
Dios se revela como debilidad .....	31
Dios es Jesús .....	33
Un Dios diferente .....	35
Conclusión .....	38
<b>Dios se funde con lo humano</b> .....	41
Jesús y Juan Bautista .....	41
El conflicto de Jesús .....	48
Jesús como “pecador” .....	53
El conflicto con el poder hasta su raíz última .....	55
Dios se identifica con el ser humano .....	56
¿Quién recibe, acoge y escucha a Dios? .....	59
“Sois dioses” (Jn 10,34) .....	60
La “humanización” de Dios en Jesús .....	62
Dios y la felicidad de los seres humanos .....	67
Hablar de Dios correctamente .....	68
Repensar los criterios que rigen la moral cristiana .....	72
La presencia y la misión de la Iglesia .....	74
Conclusiones .....	77
<b>Matar al fariseo</b> .....	81
Los fariseos y nosotros .....	81
El Dios de los fariseos .....	84
Fariseos y profetas .....	89

Los fariseos y su estructura de pensamiento . . . . .	94
La diferencia determinante entre fariseos y profetas . . . . .	96
La cuestión de fondo . . . . .	99
Razón analítica y razón dialéctica . . . . .	100
¿Quién es un fariseo? . . . . .	104
El pecado y el orgullo . . . . .	107
La hipocresía farisáica . . . . .	110
El conflicto de Jesús con los fariseos . . . . .	111
Lo más peligroso que hay en la vida . . . . .	117
El retorno de los fariseos . . . . .	120
¿Fracasaron los profetas? . . . . .	122
Conclusión . . . . .	123
<b>El nombre propio de Dios . . . . .</b>	<b>125</b>
El Padre . . . . .	125
La complicada relación con el Padre . . . . .	129
La ausencia de la Madre . . . . .	135
Contra el miedo que paraliza . . . . .	142
El Dios que acoge al “perdido” . . . . .	145
Dios no es el amo que paga según el rendimiento de cada cual . . . . .	150
Dios no castiga a nadie . . . . .	154
Culpar al hombre para exculpar a Dios . . . . .	156
No hay explicación a nuestro alcance . . . . .	158
Un intento de explicación . . . . .	159
¿Qué decir del Infierno? . . . . .	162
Dios es siempre bueno . . . . .	166
Conclusión . . . . .	171
<b>El Dios de la Iglesia . . . . .</b>	<b>175</b>
Dios y la religión . . . . .	175
Dios y el Poder . . . . .	177
El poder en la Iglesia . . . . .	178
El Omnipotente . . . . .	180
¿Por qué se impuso el Dios del miedo? . . . . .	181
La mística del poder papal . . . . .	188
El Dios peligroso y sádico . . . . .	192
El culmen del poder eclesiástico . . . . .	195

El Dios que “legitima” los abusos del poder .....	197
Cuando a Dios lo metemos en política .....	201
La Ilustración y la reacción eclesiástica .....	203
Dios y nosotros .....	207
¿Es posible fundamentar una ética para todos? .....	209
Lo humano y lo divino .....	214
El pecado original .....	218
El problema del “sobre-natural” .....	221
Conclusión .....	222
<b>Reflexión final: ¿En qué Dios creo yo? .....</b>	<b>225</b>

## INTRODUCCIÓN

La palabra “felicidad”, según el uso que se suele hacer de ella en la lengua castellana, indica la situación de un ser humano para quien las circunstancias de su vida son tales como las desea. Por eso, hablar de felicidad es algo que nos remite a la idea de lo que es la “alegría de vivir”. O también nos sugiere sentimientos como “dicha”, “fortuna”, “prosperidad” y hasta puede ser que nos lleve a pensar en “euforia” y “optimismo”<sup>1</sup>. Todo esto es bastante conocido y no necesita muchas explicaciones. Si lo recuerdo aquí, es porque, con demasiada frecuencia, la idea de Dios no se suele asociar, en la conciencia de mucha gente, con la idea de felicidad y todo lo que esa palabra nos sugiere. Más bien, se puede decir que, en grandes sectores de la población, ocurre todo lo contrario. Porque es un hecho que son muchas las personas que, cuando oyen hablar de Dios y, en general, de lo religioso, eso no les lleva a pensar en la felicidad de vivir, sino en algo que va, más bien, en la dirección opuesta.

En efecto, son muchas las personas (creyentes y no creyentes) que suelen relacionar a Dios con la prohibición de muchas cosas que nos gustan y nos hacen felices, con la obligación de hacer otras cosas que nos resultan pesadas y desagradables. Y, sobre todo, para mucha gente, Dios es una amenaza, una censura constante, seguramente un juez implacable. que suele crear en nosotros sentimientos de culpa, de inseguridad y de miedo. Un amigo de mi juventud me contó que a él le habían enseñado en el colegio que Dios es un ser

---

1. Cf. MOLINER, M., *Diccionario del uso del español*, vol. I, Madrid, 1981, 1291.

omnipotente y terrible que castiga a los malos. Y a los buenos también, como se descuiden.

Naturalmente, un Dios así, por más que nos digan que es bueno, que nos quiere, y que es Padre, es un Dios inaceptable y hasta insupportable, al menos para mucha gente. Porque, como es lógico, todo ser humano quiere ser feliz. Y es que el deseo de felicidad es la apatencia más profunda que cualquier persona lleva inscrita en lo más hondo de su ser. De manera que atentar contra la felicidad de vivir (y todo lo que eso lleva consigo) es la agresión más grave que se puede cometer contra el ser humano, sea quien sea. Pero si resulta que Dios es una amenaza, una prohibición constante, una carga pesada, una censura de lo que haces o dejas de hacer, en definitiva, algo o alguien que nos complica la vida más de lo que la vida ya está complicada (que es mucho), entonces se comprende que haya tanta gente que prescindir de Dios, que no quiere saber nada de ese asunto o incluso que rechaza abiertamente todo lo que se refiere a Dios, a la religión y a sus representantes en este mundo. Un Dios que es percibido como un problema, como una dificultad o como un conflicto para nuestra felicidad, por más argumentos divinos y humanos que le echemos encima, es y será siempre un Dios inaceptable e incluso detestable, aunque mucha gente no se atreva a decirlo así.

Al hablar de estas cosas, no pretendo (como es lógico), recordar lo que todo el mundo sabe. Mi intención va más lejos. Ante todo, quiero dejar clara una cosa que me parece elemental. Si hay tanta gente que no cree en Dios, que no quiere saber nada de ese asunto, incluso que lo rechaza abiertamente, semejante rechazo (a mi manera de ver) no se debe, en la mayoría de los casos, a que esa gente no tiene resuelto el problema filosófico que se les plantea a muchas personas, sobre todo si son personas cultivadas, cuando piensan en el problema del mal. Por la sencilla razón de que la mayor parte de la gente no sabe mucho de filosofía o de las especulaciones que el problema del mal ha suscitado en los ambientes intelectuales. Ni tampoco se puede decir que el ateísmo de unos, el agnosticismo de otros o la indiferencia religiosa de la mayor parte, todo eso se debe principalmente (según me parece) a que todas esas gentes no tienen resuelto el problema religioso, que se le plantea a cualquier persona, cuando quiere conciliar la idea de un Dios infinitamente bueno e infinitamente poderoso con el hecho del sufri-

miento, del dolor y de tantas y tan tremendas contradicciones como hay en esta vida.

Por supuesto, tiene toda la razón del mundo Juan A. Estrada cuando dice que “el mal ha sido siempre un problema esencial para las religiones”. Porque “el hombre no se pregunta tanto quién es Dios en sí mismo, cuanto quién es Dios para mí. La pregunta por Dios en la religiones no es una cuestión teórica, ni obedece a una mera pre-ocupación especulativa, sino que está arraigada en la experiencia humana del sufrimiento, del sin sentido, de la injusticia y de la muerte”<sup>2</sup>. Y es inevitable que las mujeres y los hombres de toda condición se hagan este tipo de preguntas. Porque si partimos de la idea de un Dios que es, al mismo tiempo, infinitamente poderoso e infinitamente bueno, ¿cómo se puede conciliar la idea de semejante Dios con el hecho de tanto mal, tanta desgracia y tanto sufrimiento como hay en este mundo? La escapatoria que se buscan algunos teólogos, ante esta pregunta, es decir que Dios no “quiere” el mal, pero lo “permite”, para sacar de ahí un bien mayor, como puede ser la salvación divina de las almas o su santificación, ya que, según aseguran algunos expertos en cosas religiosas, el sufrimiento santifica y salva. Es (valga la comparación) como si un dentista le tiene que sacar una muela a un hijo al que quiere mucho. Naturalmente, le tiene que hacer daño. Pero el padre permite ese mal, para obtener así un bien mayor, que es la curación del hijo. A primera vista, este razonamiento produce la impresión de que resuelve el problema. Pero, en realidad, no resuelve nada. Porque eso, lo único que demuestra es que el dentista no es omnipotente. Ya que, si fuera todopoderoso, le sacaría la muela al hijo sin causarle la más mínima molestia. Y si le hace daño, está claro que o no es omnipotente o no quiere a su hijo todo lo que lo tendría que querer.

La cosa, por tanto, está clara. Como concluye acertadamente el mismo Estrada, las especulaciones de las teologías, que tienden a resaltar la bondad de Dios a costa de su omnipotencia, “son proyecciones y antropomorfismos con los que el hombre intenta justificar a Dios”<sup>3</sup>. Y es que la teodicea tradicional hoy se nos muestra como una tarea sencillamente imposible. Pero, insisto, a mí me pare-

---

2. ESTRADA, J. A., *La imposible teodicea. La crisis de la fe en Dios*, Madrid, 1997, 16-17.

3. ESTRADA, J. A., o.c., 397.



ce que, si en nuestros días, aumenta el número de personas que no creen en Dios, eso no se debe, en la mayoría de los casos, a que la gente no tenga resueltas las preguntas que plantea la teodicea.

El problema está, ante todo, en que el asunto de Dios, tal como de hecho es percibido por el común de los mortales, es una cuestión que se gestiona a través de las instituciones religiosas. Y entonces resulta que ya no se trata sólo del problema del mal y de las difíciles cuestiones que plantea la teodicea, sino que además, para que a la gente le resulte aceptable lo de Dios, hay que afrontar las no pocas contradicciones que, con frecuencia, las instituciones religiosas presentan ante la opinión pública y en la conciencia de los ciudadanos. De manera que lo que a la gente le llega, sobre el complicado tema de Dios, es por supuesto lo que sobre este asunto han pensado y escrito los filósofos. Pero no sólo eso. Además, la gente escucha o lee lo que tantas veces dicen y escriben los representantes de las religiones.

Para comprender lo que aquí quiero indicar, conviene tener presente que las religiones aparecen, ante la población, inevitablemente condicionadas (para bien o para mal) por sus dirigentes. De donde resulta que la dificultad, o las múltiples dificultades, que muchas personas experimentan cuando intentan aclararse sobre el tema de Dios, o cuando no tienen más remedio que afrontar ese asunto (por el motivo que sea), son dificultades que provienen no sólo, ni principalmente, de los complicados problemas filosóficos y religiosos que eso entraña, sino más que nada de lo que la gente ve, oye y palpa en las instituciones religiosas. Y, más concretamente, en los dirigentes y representantes oficiales de tales instituciones. Dicho de otra manera, el problema seguramente más complicado que muchos ciudadanos perciben, en lo referente a Dios, es que los gestores y representantes oficiales de "lo religioso" suelen ser hombres que, como todos los mortales, tienen sus limitaciones, sus apetencias y, a veces, sus ambiciones. Esto es lógico y, como es natural, no tendría por qué plantear dificultad alguna. Además, las personas que tienen creencias religiosas admiten, entre esas creencias, la convicción de que los dirigentes de la religión son hombres que han recibido de Dios unos poderes sobrenaturales que les capacitan para dirigir a los fieles, enseñarles la verdad revelada por el mismo Dios y actuar como mediadores entre la divinidad y los seres humanos.

Pero el problema no es tan simple. Porque todo el mundo sabe que los dirigentes religiosos, además de representantes de lo divino y, en cuanto tales, hombres investidos de poderes divinos, son también seres humanos. Y, por tanto, personas que sufren las tentaciones propias de cualquier ser humano. Pero ocurre que las tentaciones específicas de los dirigentes religiosos tienen una característica que es decisiva precisamente en lo que concierne al problema de Dios. En efecto, los responsables de la religión, al ser gestores y representantes de Dios, se ven a sí mismos, y son vistos por quienes tienen convicciones religiosas, como los hombres que gestionan y representan, ante los demás, el poder más alto, el poder más digno e incluso el poder más absoluto, puesto que se trata nada menos que del poder infinito de Dios. Ahora bien, desde el momento en que un hombre se ve a sí mismo, y es visto por otros, como el ser privilegiado que va por la vida representando al poder más absoluto que se puede imaginar, es muy posible que tal persona sienta la tentación del poder en algunas de sus manifestaciones. Más aún, como en este caso, lo que está en juego es el poder supremo, se puede decir que la tentación de los hombres de la religión es una tentación inevitablemente peligrosa. De ahí que las instituciones religiosas aparezcan, ante la opinión pública, como instituciones de poder. Un poder que naturalmente ejercen en la medida en que les resulta posible ejercerlo. Como poder ideológico, para que la gente piense como está marcado en los dogmas de la religión. Como poder normativo, para que los fieles se sometan a las leyes que dictan la conducta que hay que observar. Y también como poder social (en la medida en que eso es posible) para crear las condiciones más adecuadas en orden a que los ciudadanos piensen y se comporten como conviene a los lógicos intereses de la institución religiosa. De donde resulta que, con bastante frecuencia, lo que más les preocupa a los dirigentes religiosos es la *obediencia* de los fieles y quizá no tanto la *fidelidad* de esos fieles a los valores que la religión debe defender, como sería (en el caso de los cristianos) la fidelidad al Evangelio.

Por otra parte, ocurre que las instituciones religiosas son siempre instituciones “normativas”. Es decir, cualquier institución religiosa está en este mundo, entre otras cosas, para indicar a los fieles las normas de conducta que deben observar. Lo cual quiere decir que los representantes de una institución normativa no pueden (ni de-

ben) aparecer, ante la gente, como personas ambiciosas, orgullosas o prepotentes, ya que eso entraría en contradicción con la misión que tienen que desempeñar. Todo lo contrario. Un “hombre religioso” tiene que mostrarse ante los demás como persona humilde, desinteresada y despojada de todo orgullo y de toda ambición. De donde resulta que los representantes y gestores de la religión no tienen más remedio que buscar razones sólidas y bien fundadas teológicamente para que el poder, que ejercen y hacen sentir a los demás, esté siempre “garantizado”, “legitimado” y “justificado” como manifestación del poder absoluto del Dios Altísimo. Sólo así, los “hombres de la religión” pueden tocar donde ningún otro poder puede tocar en esta vida: en la intimidad de las conciencias, es decir, en esa profundidad secreta y honda donde cada ser humano se ve a sí mismo como una persona digna o, por el contrario, como un indeseable y un perdido. Dicho con otras palabras, sólo de esa manera la religión puede tocar y hasta manejar los sentimientos de culpa, que son tan eficaces para obtener la obediencia de los fieles y la pervivencia sólida de la religión, en los individuos, en las instituciones y en la sociedad en general.

Ahora bien, para conseguir tales efectos en la conciencia de la gente, los representantes y gestores de lo divino necesitan poder echar mano siempre, y en cualquier eventualidad, de una instancia última que aparezca como lo indiscutible y lo intocable. Es decir, necesitan de un *Dios omnipotente*, cuya autoridad no se pueda poner jamás en cuestión. Y es lo que, como sabemos, suelen hacer no pocos dirigentes religiosos en lo que dicen y en lo que hacen. Lo cual no quiere decir que esos dirigentes sean necesariamente individuos autoritarios, orgullosos, soberbios y prepotentes. Por supuesto, pueden serlo. Sobre todo, si tenemos en cuenta que están con frecuencia expuestos a la tentación suprema del poder supremo, como ya he dicho. Y, como siempre dijeron los buenos “padres espirituales”, el que juega con fuego corre el peligro de quemarse. Si uno que anda con malas compañías, tarde o temprano terminará cayendo en la tentación, el que se relaciona con los demás como investido de un poder intocable e indiscutible, se relacionará con la gente desde un inevitable aire de superioridad que, además de fastidiar mucho, le dirá a todo el mundo (aunque no sea con la boca) que el Dios al que representa es bastante intolerable.

Pero el problema que aquí se plantea no es fundamentalmente una cuestión de ética. El problema está en que, si Dios es Dios, y el hombre es el hombre, la distancia entre Dios y el hombre es infinita. De ahí que el poder de Dios, los derechos de Dios y el juicio de Dios, tienen que ser experimentados por el ser humano, frágil y pecador, como algo que se le impone con temor y temblor. De manera que, por más que digamos que Dios es bueno y es Padre, siempre tiene que quedar, como trasfondo intocable, esa distancia infinita frente al Absoluto, los derechos intocables del “Absolutamente Otro”, y la justicia siempre amenazante del Juez supremo de vivos y muertos. Y eso, todo eso, es algo que los intermediarios entre Dios y los hombres nunca olvidan. Ni lo suelen disimular. Es más, su función consiste en dejar todo eso bien claro ante la gente, lo mismo ante los creyentes que ante los incrédulos.

En el caso concreto de la tradición religiosa del cristianismo, sabemos que la Iglesia y sus representantes oficiales, los obispos y sacerdotes, han cumplido históricamente con toda fidelidad la tarea de mediadores entre Dios y la humanidad, en el sentido que acabo de explicar. Por eso ha sido posible, y es un hecho, la historia oscura e incluso turbia de una institución cuyo máximo responsable en la tierra, el papa, se ha visto en la obligación de pedir perdón, ante el mundo entero, reconociendo que los miembros de la Iglesia “somos portadores del peso de los errores y de las culpas de quienes nos han precedido”<sup>4</sup>. Porque, como indica el documento de la Comisión Teológica Internacional, *Memoria y Reconciliación: la Iglesia y las culpas del pasado*, “el recuerdo de los escándalos del pasado puede obstaculizar el testimonio de la Iglesia de hoy”<sup>5</sup>. Lo cual quiere decir obviamente que la Iglesia reconoce que, en su ya larga historia, ha cometido auténticos escándalos, que son un impedimento para que la gente hoy pueda creer en Dios.

No hay que ser un erudito en historia eclesiástica para tener una idea de los “errores y culpas” a los que se refiere el papa. De todo eso se ha hablado mil veces y es de sobra conocido. Con todo, me parece que no viene mal recordar aquí lo que dice Han Küng, al final de su largo estudio sobre la esencia e historia del cristianismo: “No

---

4. JUAN PABLO II, “Homilía en la celebración del Día del Perdón del Año Santo”, *Ecclesia* n° 2.989 (18 marzo 2000), p. 434.

5. *Ecclesia* n° 2.989 (18 marzo 2000), p. 443.

es necesario mencionar de nuevo las persecuciones de judíos ni las cazas de herejes, las guerras “santas” y las quemas de brujas, ni todos los demás crímenes perpetrados en nombre del cristianismo. Pero al mismo tiempo he tratado de exponer con claridad que no se puede presentar la historia del cristianismo sólo como una historia de rufianes y criminales, como una “historia criminal”, sino que, en honor a la realidad, debe ser narrada como una historia en la que irrumpe de continuo la esencia del cristianismo a pesar de toda la carga de no-esencia”<sup>6</sup>.

Esto es verdad. Y nadie lo discute, si es que se trata de una persona que habla sabiendo lo que dice. Pero, cuando hablamos de los “errores y culpas” de la Iglesia y sus dirigentes, en el pasado y en el presente, deberíamos tener siempre en cuenta que en la Iglesia ha habido siempre una notable mayoría de buenas personas y hasta de mujeres y hombres heroicos. En todo caso, lo más negativo y lo más desagradable es que las agresiones, que se han cometido, se han hecho *en nombre de Dios*.

Esto es lo más preocupante, por dos razones que se comprenden enseguida. Ante todo, porque una institución o una persona que persigue, tortura y mata, “en nombre de Dios”, nos obliga a preguntarnos: realmente, esta institución o esta persona, ¿en qué Dios cree? O ¿qué Dios tiene en su cabeza? En cualquier caso, ese Dios, torturador y asesino, no puede ser el Dios del que habló Jesús de Nazaret. Pero lo más preocupante (con ser tan grave) no es la deformación de Dios. Lo peor de todo es que semejante deformación, es decir, ese Dios (deforme y temible) se utiliza como argumento irrefutable para “legitimar” y “justificar” el poder de una institución o de unas personas que, con la conciencia de que hacen lo que tienen que hacer, se dedican a causar sufrimientos indecibles a seres inocentes. Y digo que esto es lo peor porque *las agresiones contra las personas son tanto más peligrosas cuanto el motivo por el que se cometen es más noble*. Ahora bien, el motivo más alto y más noble, que se puede utilizar en este mundo para cualquier cosa, es invocar el santísimo nombre de Dios para justificar lo que se está haciendo. Porque si Dios es el principio y el fundamento de todo, la norma y el criterio para todo, ¿quién detiene al que, en nombre de Dios, se dedica a agredir a los

---

6. KÜNG, H., *El Cristianismo. Esencia e Historia*, Madrid, 1997, 796-797.

demás? De ahí, el enorme peligro que implican todos los fanatismos. Porque, si “fanatismo” viene de *fanum*, y *fanum* es “lo sagrado”, el que actúa por fanatismo, en realidad hace lo que hace “por Dios”, por lo más absoluto e intocable que puede haber en este mundo o más allá del mundo. Y entonces se comprende lo que a muchas personas les resulta incomprensible: que las religiones (incluida la católica) hayan incurrido en tantas contradicciones y hayan cometido tantos atropellos. Y que hayan hecho todo eso con la conciencia tranquila e incluso con la conciencia de que así es como tenían que comportarse. Por la razón más clara y más fuerte que se puede esgrimir en esta vida: *es la voluntad de Dios*. Ahí está el peligro que ha justificado, y sigue justificando, tantas conductas aberrantes.

Es evidente que un Dios así, no tiene, ni puede tener, relación alguna con la aspiración más grande que llevamos dentro todos los seres humanos. La aspiración a ser felices en la vida. Como es evidente también que mientras semejante Dios no quede borrado de la conciencia de la gente y hasta de las ideas populares que circulan, sobre lo que es Dios o cómo es Dios, las creencias religiosas y, más concretamente, la fe en Dios se verá cada día más erizada de dificultades y problemas. Porque, en todos los tiempos, la gente quiso disfrutar de la felicidad de vivir. Eso es evidente. Pero lo que ocurre es que, en tiempos pasados, esa apetencia de felicidad se asociaba (de una manera o de otra) con las creencias religiosas y con la esperanza en Dios. En los últimos siglos, y sobre todo en los años más recientes, es un hecho que muchas personas no ven relación alguna entre Dios y la felicidad de vivir. Y no falta gente que tiene la idea de que Dios y la religión son (por la razón que sea) un impedimento para vivir feliz. Otra cosa es que quienes piensan así tengan razón. Pero el hecho es que son bastantes los que piensan de esa manera, por más que no estemos de acuerdo con ellos o sus ideas nos resultan desagradables.

El problema no está en que las religiones se pongan ahora a maquillar su “mercancía”, para hacerla atractiva en tiempos de crisis religiosa. No se trata de presentar un Dios más atractivo o de conveniencias. Se trata de comprender que hoy la gente ya no soporta a un Dios en cuyo nombre y con cuya presunta autoridad, se cargan fardos pesados en las espaldas de la gente (Mt 23,4; Lc 11,46), se “devoran las casas de la viudas con el pretexto de largos rezos”

(Mc 12,40; Lc 20,47), se desprecia al pueblo sencillo porque no entiende de religión y se le considera maldito (Jn 7,48), o se pasa de largo ante el desgraciado que se desangra en la cuneta del camino, para que el representante de Dios pueda llegar limpio y puro al templo (Lc 10,31-32). Yo no sé si, en otros tiempos, estas cosas eran tolerables. Hoy no se soportan o se soportan cada vez menos. Y el caso es que la religión no está en crisis. Cada año, las concentraciones religiosas, las peregrinaciones, los jubileos, las devociones populares y cosas por el estilo tienen más audiencia y convocan a más gente. Lo que pasa es que cada año aumenta también el número de personas que armonizan perfectamente (sin saber cómo) una *religiosidad sin Dios*. La cosa es notable. Y nos llama la atención. Pero el hecho es que cada vez hay más gente que va a procesiones y visita templos y santuarios, pero de manera que lo de Dios les interesa bastante poco, por no decir nada. Así están las cosas en este momento.

Ahora bien, si es que efectivamente todo esto es así, parece que lo más urgente, para la religión y para la teología, en esta situación, es afrontar estas dos preguntas: 1) ¿Cómo es el Dios que nos reveló Jesús? 2) ¿Coincide el Dios de Jesús con el Dios que se nos suele presentar en la predicación eclesiástica y en la educación religiosa que, con frecuencia, presenta la Iglesia? Parece bastante claro que mientras estas dos cuestiones no queden debidamente resueltas, el tema de Dios será un problema de difícil solución para muchas personas y, más en concreto, para bastantes cristianos. Es verdad que los creyentes sabemos que siempre contamos con la presencia y la acción del Espíritu de Dios. Pero también es cierto que podemos ser sordos a las voces del Espíritu. Y, sobre todo, nunca deberíamos olvidar que la fidelidad al Espíritu se tiene que demostrar en la escucha atenta y dócil a lo que Jesús nos enseñó sobre quién y cómo es Dios.